

(Texto de la Conferencia pronunciada por Mons. Julián Barrio Barrio, Arzobispo de Santiago de Compostela en el Club Faro de Vigo, el 30 de Noviembre de 2020)

EL AÑO SANTO COMPOSTELANO Y LOS RETOS ANTROPOLÓGICOS ACTUALES

Sal de tu tierra... El apóstol Santiago te espera. Con este lema anunciaba la celebración del Año Santo Compostelano 2021, Año de gracia y de la gran perdonanza. Este tercer Año Santo del tercer milenio del cristianismo es una oportunidad para redescubrir la vitalidad de la fe y de la misión cristiana.

Las celebraciones de los Años Santos tienen una connotación espiritual y pastoral además de la cultural y social en las circunstancias del momento en que se celebran. El Año Santo busca orientar la realización integral de la persona y sigue siendo una llamada a la conversión que nos ayuda a renovarnos espiritualmente, recordando los contenidos de nuestra fe y acogiendo la salvación para ser evangelizadores en medio de la indiferencia religiosa, incertidumbre moral y pérdida del sentido trascendente. Contribuye al despertar religioso y espiritual de las personas y de las comunidades cristianas en consonancia con la rica tradición apostólica.

Los peregrinos a la Casa del Apóstol Santiago con la huella de fe han ido configurando durante siglos los caminos que *“crearon una vía de cultura, de oración, de misericordia y conversión, que se ha plasmado en iglesias y hospitales, en albergues, puentes y monasterios. De esta manera, España y Europa fueron desarrollando una fisonomía espiritual marcada de modo indeleble por el Evangelio”*¹. En general no buscan una ruta llena de encanto paisajístico y de patrimonio histórico, sino el camino de la conversión a Dios, el mirar a los demás y el encontrarse consigo mismos, en esta manifestación de la piedad popular². *La Puerta Santa* se abre en la Catedral para que, cuando los peregrinos atraviesen su umbral, se transformen en piedras vivas o, tal vez, en alguna de aquellas estrellas

¹ BENEDICTO XVI, *Discurso en Santiago de Compostela*, noviembre de 2010.

² En la audiencia general del 15 de junio san Pablo VI decía: *“Conviene decir que la manifestación exterior del sentimiento religioso no sólo es un derecho, sino un deber, en virtud de la propia naturaleza del hombre que recibe de los signos exteriores un estímulo para su actividad interior y la expresa en signos exteriores, concediéndole así todo su significado y su valor social... Por lo tanto, la exterioridad religiosa, cuando no es superstición ni un fin en sí misma, sirve por así decir de ropaje a las cosas divinas, haciéndolas accesibles a nuestra facultad cognoscitiva. Nos permite de alguna manera presentar a la Majestad del cielo el tributo de una ofrenda terrenal”*.

refulgentes que, mirando el firmamento, intentó contar Abrahán cuando Dios le llamó a salir de su tierra.

Claves del peregrino jacobeo

El peregrino sabe que no llega antes el que va más de prisa, sino el que sabe a dónde va y por dónde debe ir, que de lo visible se ha de ir a lo invisible, superando el horizonte perceptible y que en el momento más oscuro del amanecer es cuando comienza a vislumbrarse un punto de luz. La sabiduría no nos permite ser agoreros pesimistas ni ingenuos entusiastas. “Una crisis, decía Hannah Arendt, nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas, pero en cualquier caso, juicios directos. Una crisis se convierte en un desastre solo cuando respondemos a ella con juicios preestablecidos, es decir, con pre-juicios”³. Reorientar el rumbo, permitirá el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Es el gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración⁴, sabiendo que antes de mejorar algo en la sociedad, hay mucho que mejorar dentro de nosotros mismos. Es preciso un análisis sereno y ponderado de la actual situación, de modo que no se oscurezcan las luces que lo iluminan ni pasen desapercibidas las sombras que lo ensombrecen. “Las raíces de la inseguridad son muy profundas. Se hunden en nuestro modo de vida, están marcadas por el debilitamiento de los vínculos, por la disgregación de las comunidades, por la sustitución de la solidaridad humana por la competición”⁵.

Los vínculos sociales de todo tipo se están debilitando. La comunidad digital es como un enjambre lleno de celdas asiladas. Cada uno se construye a su gusto. “El hombre, centro del humanismo moderno es superado por el transhumanismo, una especie de hombre mejorado que ha de propiciar nuevos modelos familiares, económicos, políticos y de espiritualidad”. Es un momento de deconstrucción que está llevando a un empobrecimiento espiritual sin darnos cuenta que la fe en Dios aporta claridad y firmeza a nuestras valoraciones éticas. En medio de la crisis humanitaria, una sociedad no puede reinventarse en cada momento, echando por la borda el bagaje cultural y moral que le han legado las generaciones pretéritas como si no hubiera nada en todo ello que mereciese ser conservado; como si todo cambio equivaliese a un verdadero progreso; como si pudiese haber progreso cuando se ha

³ H. ARENDT, *Entre el pasado y el futuro*, Barcelona 1996, 186.

⁴ Cf. FRANCISCO, *Laudato Sí*, 202.

⁵ Z. BAUMAN, *Alle radici dell'insicurezza*. *Corriere della Sera*, 26 de julio de 2016, 7.

perdido la perspectiva trascendente hacia la que hemos de encaminar nuestros pasos. Esto se aprende en la peregrinación jacobea.

Año Santo y peregrinación jacobea

El fenómeno jacobeo es expresión de una concepción determinada del hombre y de su relación con Dios, de la presencia de lo sacro en el corazón de nuestra civilización, de la distinción entre lo temporal y lo espiritual. Es una llamada a la esperanza cristiana que no es un ingenuo optimismo basado en el cálculo de probabilidades y que ha de resonar desde la Casa del Señor Santiago.

La ciudad de Santiago que consideran suya espiritualmente millones de personas, es visitada por el magnetismo espiritual de la tumba apostólica, en el devenir de una sociedad llamada a “edificar su presente y a proyectar su futuro desde la verdad auténtica del hombre, desde la libertad que respeta esa verdad y nunca la hiere, y desde la justicia para todos, comenzando por los más pobres y desvalidos”.

Los peregrinos jacobeos manifiestan que es necesario preservar la expresión pública del hecho religioso y valorar la religión como una aportación positiva para la cohesión social. De la interpretación creyente de la realidad, se deduce que los valores no los podemos servir a la carta porque corremos el riesgo de ofrecer una visión individualista y puramente pragmática de la existencia. “La peregrinación posee un alma humana y cristiana, amortiguada la cual pierde su íntima elocuencia, su llamada a desperezar el espíritu, su capacidad fraternizadora de hombres y pueblos. Sin alma el camino sería una realidad inerte”⁶.

En la crisis económica, agudizada por la pandemia, descubrimos la crisis existencial que toca a la experiencia cotidiana de las personas en una situación de desconcierto. Esta crisis, cuyas raíces son culturales y antropológicas, debe ser interpretada como los dolores de un parto, como una transición dolorosa llamada a alumbrar una nueva forma de convivencia que transforme radicalmente nuestro estilo de vida. “En la confusión, no hemos encontrado la comprensión de nosotros mismos que pueda orientarnos y esto lo vivimos con angustia”⁷. Pero nada está perdido si el pasado nos sirve no como sofá sino como trampolín con el propósito de comenzar algo nuevo, más allá de todos los condicionamientos mentales y sociales que nos puedan imponer. La peregrinación jacobea vislumbra que “somos capaces de mirarnos a nosotros mismos con honestidad, de sacar a la luz nuestro propio hastío

⁶ R. BLÁZQUEZ PÉREZ, “Dimensión antropológico-religiosa de la peregrinación”, *Compostela* 6 (1995), 8-9.

⁷ *Laudato Si*, 202.

y de iniciar caminos nuevos hacia la verdadera libertad. No hay sistemas que anulen por completo la apertura al bien, a la verdad y a la belleza, ni la capacidad de reacción que Dios sigue alentando desde lo profundo de los corazones humanos”⁸. El peregrino jacobeo es “viajero de lo sagrado” y transmisor de saberes. Así, la peregrinación pasa de tener un valor simple y exclusivamente cultural e histórico a ser un valor constitutivo y constituyente de una nueva civilización, la que tiene una referencia espiritual con sus principios morales y sociales, su cultura, su arte y su sensibilidad, es decir, la que tiene sus raíces en la tradición cristiana que la articuló profundamente en cada una de sus fibras.

En el contexto del laicismo y relativismo, la tecnología y la electrónica, la movilidad y los viajes rápidos, la exploración del espacio y las superautopistas de la información, todo parece indicar que las personas buscan echar raíces en el suelo firme y estable de lo sagrado. Cuanto más rápidamente camina la humanidad, tanto mayor es la necesidad que siente de unos cimientos firmes. Los lugares de peregrinación, y en concreto el de Santiago de Compostela, responden a esta profunda necesidad antropológica. El rito, el misterio, y la tradición cultural de la peregrinación a Santiago, en cuanto símbolo histórico y religioso, siguen siendo un instrumento adecuado, susceptible de expresar el sentido profundo de la existencia humana y, por ende, de la vida de fe cristiana en la búsqueda de lo mejor que sólo se consigue a través de la Verdad que nos hace libres.

El por qué del Camino de Santiago

El peregrino cada día descubre un horizonte nuevo, sabiendo que el mañana reflejará la esperanza de hoy. A la vista del mal y del sufrimiento en el mundo, nos faltan palabras y nos encontramos con frecuencia en la noche oscura de la fe. Es la experiencia que estamos viviendo con el coronavirus. Pero no debemos devolver nuestra entrada para el cielo al decir de Dostoievski. “Cuando se secan los oasis utópicos, se extiende un desierto de banalidad y desconcierto”⁹. Este es el drama humano. Que se abandonen las antiguas respuestas no significa que se hayan encontrado ya otras nuevas y más convincentes. Lo que surge muchas veces es el vacío y la desesperación de la soledad. La peregrinación lleva a encontrarse consigo mismo, con los demás y con Dios. San Agustín experimentó según su propio testimonio la cercanía de Dios en su vida cuando más alejado de él se sabía: “Yo me hacía cada vez más miserable y tú te me hacías más cercano”.

La peregrinación jacobea se entreteje con la perdonanza, signo de la misericordia de Dios que debe estar en el centro del anuncio

⁸ *Ibid.*, 205.

⁹ Jürgen HABERMAS, *Zeitdiagnosen*, Frankfurt a. M. 2003, pág. 47.

y de la praxis de la Iglesia. Este es el motivo de la peregrinación y el contenido del Año Santo, “como tiempo favorable para curar las heridas, para no cansarnos de buscar a cuantos esperan ver y tocar con la mano los signos de la cercanía de Dios, para ofrecer a todos, el camino del perdón y de la reconciliación”.

La semilla de la misericordia florece en el Camino de Santiago, percibiendo el crecimiento en el corazón; acompañando el desarrollo y los pequeños pasos de las personas; manifestando el bien deseable con una expresión tangible y visible, y con un lenguaje universal que vincula a la humanidad. El gran río de la misericordia –y el Camino de Santiago lo es– no se agota porque encuentra siempre personas que dan concreto testimonio de ella en la vida de cada día. “*Lo que movía a Jesús en todas las circunstancias no era sino la misericordia, con la cual leía el corazón de sus interlocutores y respondía a sus necesidades más reales*”¹⁰. La autenticidad de nuestro ser cristianos en el mundo de hoy, se muestra en dar respuesta a la pobreza económica, cultural, relacional, espiritual. La misericordia no es un suavizante de la ética cristiana, no es tolerar y consentir todo. La peregrinación y el Camino de Santiago son hilos vertebradores para configurar el tapiz de auténticos valores antropológicos. Las críticas de Lutero y de Erasmo reflejan hasta qué punto era símbolo y signo de la Europa católica.

¿Por qué Santiago de Compostela?

Santiago de Compostela no se cuenta entre los centros financieros del continente, ni entre los lobbies donde se toman las decisiones políticas de rango mundial. Se comprende en una milenaria tradición alrededor de la tumba del Apóstol. Esta ciudad, como guardiana de uno de los tesoros más preciados del *Orbe Cristiano*, es meta de peregrinos, encuentro de corrientes espirituales, de tendencias culturales y sociales. El Papa dirigía a los Presidentes de las Conferencias Episcopales Europeas reunidos en Santiago el pasado octubre estas palabras: “*En Santiago, ciudad en el extremo occidental de Europa, confluye todo el Continente. En ella se encuentran el centro y la periferia. Es por tanto un lugar altamente simbólico para redescubrir la gran riqueza de Europa unida en su tradición religiosa y cultural y por eso tan distinta de tantas peculiaridades que constituyen su riqueza*”. No es un tiempo para estar distraídos, sino para despertar en nosotros la capacidad de ver lo esencial en medio de lo accidental.

La apostolicidad que rezuma Compostela se debe al Apóstol Santiago, testigo él y mártir temprano del evangelio de Jesucristo. El sepulcro del apóstol Santiago significa el encuentro con la Tradición.

¹⁰ FRANCISCO, Bula “*Misericordiae vultus*”, 8.

Baste recordar las palabras de Dante Alighieri: *“Y mi dama, llena de alegría, me dijo: Mira, mira, he aquí el barón por el cual más allá se visita Galicia”*. Hoy, las terminales del Camino de Santiago arrancan de todos los rincones de Europa y de los demás continentes. El mismo Dante, en el siglo XIII, dejó escrito que la peregrinación a Santiago *“es la más maravillosa peregrinación que un cristiano haya podido hacer antes de su muerte”*. Compostela empezó a ser conocida como *“la Jerusalén de Occidente”*, entrando así en esa tríada sagrada e histórica compuesta por Jerusalén, Roma y Santiago. El Camino lleva siglos añadiendo a Compostela las dimensiones de la hispanidad y también de la europeidad, además de la dimensión de la universalidad. Tres dimensiones que se lacran con el sello de la apostolicidad. Santiago de Compostela se convierte, pues, en meta de un Camino que los peregrinos recorren necesitados de esperanza cristiana. *“Haz que desde aquí resuene la esperanza”*, fueron las palabras que puso Dante en la boca de Beatriz dirigidas al Apóstol Santiago. Con el equipaje de la fe y con las huellas de sus pies los peregrinos fueron marcando el Camino de Santiago de Compostela, respirando el oxígeno espiritual purificador del aire para que la semilla del mal se haga estéril y la semilla del bien madure en frutos abundantes de vida cristiana.

¿Qué misterio guarda el Camino?

El verdadero valor del camino de Santiago consiste en ser ruta para el espíritu humano, que se rebela a desaparecer bajo la asfixia de la sola inmanencia. La Catedral Compostelana es testigo secular de tantas personas que desean dar una nueva orientación a su espíritu, abandonándose a la Providencia de Dios, al susurro de la creación y a la hospitalidad de las gentes. El peregrino se pone en camino hacia una nueva experiencia de fe, arriesgando las certezas que le encadenan a su rutina diaria, y fijando sus ojos en la meta, sin saber lo que le deparará el mañana en cada etapa de su camino. *“Peregrinar significa salir de nosotros mismos para ir al encuentro de Dios allí donde Él se ha manifestado, allí donde la gracia divina se ha mostrado con particular esplendor y ha producido abundantes frutos de conversión y santidad entre los creyentes”*¹¹. Con su abandono en la Providencia, el peregrino se asemeja *“al caminante que, para ir a nuevas tierras no sabidas, va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados, que camina no guiado por lo que sabía antes, sino en duda y por el dicho de otros. Y claro está que éste no podría venir a nuevas tierras, ni saber más de lo que antes sabía, si no fuera por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabía”*¹². No es un retorno a la cristiandad medieval, aunque se redescubran los valores permanentes que adquirieron especial

¹¹ *Discurso en la Catedral de Santiago.*

¹² San Juan de la Cruz, *Noche oscura*, Libro 2 cap. 16.

vigencia en la sociedad cristiana medieval. Es como una protesta del peregrino contra lo que le rodea y contra las ofertas de la sociedad actual. Viviendo inmerso en una cultura en conflicto con la naturaleza, el peregrino supera la ideología. En una sociedad herida por los gnosticismos el peregrino redescubre la naturaleza y se pacifica con la creación. Atraído por el elocuente silencio de la naturaleza, se abre al ámbito de la contemplación encontrando nuevas claves para comprender el mundo simbólico y experimentar que el hombre no es algo acabado sino que al encontrarse a sí mismo, intuye que tiene múltiples posibilidades, que es un ser para el futuro, percibiéndose necesitado y por tanto limitado, lo que le lleva a valorar la hospitalidad y la acogida. En este proceso el peregrino se pregunta buscando una respuesta a su propio camino, y descubre que encuentra su sentido en la historia y no en las ideologías.

El Camino de Santiago, camino de fe

Se hace el Camino de Santiago por penitencia, buscando la conversión. Se ofrece a todo el que desee acoger la experiencia; no exige una previa “selección de candidatos”, ni tiene tampoco *numerus clausus*. Su valor permanente estriba en poner en contacto el alma con Dios, incluso para quienes todavía no han descubierto la fe cristiana. Esto tiene especial relieve en nuestro tiempo en el que muchas personas todavía sienten lejanos a Dios y a la Iglesia, necesitando una luz cercana, paciente y acogedora, que les ayude a interpretar su experiencia y a releer el Evangelio que tienen ante los ojos, como supo hacerlo el Apóstol Felipe con el etíope eunuco, alto funcionario de la reina de Candace (cf. Hch 8, 27-30).

El Camino de Santiago ha sido desde siempre un camino de fe que nunca puede ser ciega, puesto que nos ilumina y nos abre horizontes para descubrir cosas que antes permanecían ocultas. En la actualidad percibimos que “el cristianismo vive una situación de crisis, de desplazamiento existencial, de tiempos invernosos y que ha perdido influencia en las conciencias, relevancia social, audiencia y eficacia pública, presencia en las instituciones y en la configuración de la conducta”. “No es de extrañar que la ruta jacobea haya sido considerada en algunas ocasiones paradigma de la peregrinación de la iglesia en su marcha hacia la ciudad celestial, camino de oración y de penitencia, de caridad y solidaridad; tramo de la vida donde la fe, haciéndose historia en los hombres, convierte asimismo en cristiana la cultura”¹³.

En nuestra peregrinación en el mundo y en el tiempo el cristianismo es *crear*, acoger la palabra de Dios; *amar*, cooperar

¹³ JUAN PABLO II, *Discurso del Santo Padre: IV Jornada Mundial de la Juventud. Santiago de Compostela, agosto 1989*, La Coruña 1990, 233.

activamente en el cumplimiento de esa palabra; y *esperar*, aguardar confiadamente la plenitud de su cumplimiento. Siendo la fe luz para la libertad, no evita que tengamos que dar los pasos y recorrer el camino. No es ningún atajo. Al contrario, ella despierta la libertad y la conciencia, no las suplanta; tampoco evita las dudas que surgen en todas las encrucijadas. Ella compromete a asumir, a pesar de las contradicciones, la cruz que conlleva la realidad concreta (Cf. Mc 8, 34). Por eso, empuja a la aventura más arriesgada de la vida: hacerla fructificar en las condiciones dadas.

No es la solución a las preguntas que nosotros nos hacemos, es la pregunta que Dios nos hace a nosotros. Se adentra en un camino que no hemos trazado nosotros. Abrahán, por la fe, se puso en camino *sin saber adónde iba* (cf. Hbr 12). ¡Que el miedo no amarre nuestra libertad! Nuestra libertad no está en nuestra autoafirmación, sino en la llamada que Dios nos ofrece. El peregrino intuye que no deja de ser esclavo sin dejar la tierra de sus seguridades y sin correr el riesgo de perder el equilibrio, como el niño que aprende a andar. *“La luz de la fe no disipa nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y eso basta para caminar”*¹⁴. ¡La fe es de carne y hueso! No es un don especial a cada individuo para que pueda creer una serie de verdades, sino para todo un cambio de mentalidad y actitud, para una conversión. Dios llama a nuestra puerta y exige de nuestra parte todo el valor para abrirla: *decisión* con mayúsculas de nuestra vida.

Quien cree no teme implicarse en la complejidad de las cosas, ni permanece inmóvil por el temor a no acertar siempre al intentar mejorarlas. *“Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades”*¹⁵ escribe el papa Francisco. Peregrinar a Santiago es una oportunidad de tocar con las propias manos y ver con los propios ojos que la fe cristiana tiene su raíz en Jesús, testimoniándola sus discípulos y comprobando que su fe no se apoyaba últimamente en creencias, aunque estas fueran religiosas, sino en testigos del Señor¹⁶: *“Cuántos cristianos dan la vida por amor: ayudan a tanta gente a curarse o a morir en paz en precarios hospitales, o acompañan a personas esclavizadas por diversas adiciones en los lugares más pobres de la tierra, se desgastan en la educación de los niños y jóvenes, o cuidan de ancianos abandonados por todos, o tratan de comunicar valores en ambientes hostiles, o se entregan de muchas otras maneras que muestran ese inmenso amor a la humanidad que nos ha*

¹⁴ FRANCISCO, *Lumen fidei*, 57.

¹⁵ FRANCISCO, *Evangelii gaudium*, 49.

¹⁶ Cf. SIMONE WEIL, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993, 128: *La creencia es verbal y no penetra en el alma”*.

*inspirado el Dios hecho hombre*¹⁷. La fe no teme implicarse en la complejidad de las cosas, no hace promesas de un futuro mejor a expensas de la realidad presente ni es el sueño en el que se refugia quien calcula la carga de la vida. Los creyentes en Cristo *“sufren con los que sufren”* (Cf. 1Cor. 12, 26). Toman en serio el dolor del prójimo, les conmueve y les empuja a hacer algo por remediarlo. Creer en Dios es comprometerse con su iniciativa en nosotros. Así esta fe nos urge a que en este Año Santo afrontemos el impacto lacerante causado por la pandemia.

“Ponte en camino... Santiago te espera”

“Sal de tu tierra”, esto es, de la burbuja que nos aísla del resto del mundo y nos vuelve autorreferenciales; de la zona de confort de la comodidad, el egoísmo y las inercias; de las falsas seguridades que nos proporciona nuestro pequeño mundo, donde no hay espacio para más voces que la nuestra y donde se conjura el riesgo de cualquier cambio con el pretexto de preservar la verdad. Ciertamente, salir sin más del área de nuestras certezas puede exponernos al vaivén de las opiniones cambiantes y de las modas efímeras.

“Sal a la tierra que yo te mostraré”. Ponerse en camino no es lo mismo que echar a andar. La idea de camino encierra en sí la noción de una meta, de un proyecto, de un objetivo. Caminar no es lo mismo que pasear o vagabundear. Es verdad que muchas veces puede parecer que “la vida es lo que nos ocurre mientras estamos ocupados haciendo proyectos”. Y la propia Sagrada Escritura nos alerta en varias ocasiones contra la insustancialidad de los pensamientos del hombre y la vanidad de todas sus obras bajo el sol. Pero el cristiano está convencido de que su proyecto no es un vano pensamiento humano, sino que es la propia meta la que le sale al encuentro en la persona de Jesucristo, camino, verdad y vida. Por ser la verdad, es digno de fe y por ser camino da sentido a nuestra esperanza.

El anhelo de la meta sostiene al caminante en la esperanza de alcanzar un bien. Los que participan en competiciones deportivas ambicionan la posesión del trofeo que los acredite como los mejores. Pero el premio que se le promete a Abrahán no es algo que le enriquezca a él solo, sino que tiene una proyección universal. Abrahán es llamado para que todas las naciones sean benditas. Sale de su casa, de su espacio y de su comodidad porque va al encuentro del otro. En unos tiempos en que la publicidad insiste en las propias capacidades decisorias del ser humano, en el derecho del individuo a mimarse, en las bondades del “yoísmo” (enmascarando que esto no es más que otra forma de decir

¹⁷ *Ibid.*, 76.

egoísmo), la vocación de Abrahán nos recuerda que el ser humano sólo es verdaderamente él cuando lo es hacia el otro, puesto que la persona sólo se realiza en la relación. Si la fe nos pone a disposición de Dios y la esperanza nos encamina hacia él, sólo la caridad, el amor, nos hace semejantes a él, porque Dios es amor. El pensador ruso Ivanovic Ivanov escribe que sólo existe lo que Dios recuerda. “Por eso, dice el papa Francisco, la dinámica de los cristianos no es retener con nostalgia el pasado, sino acceder a la memoria eterna de del Padre, y esto es posible viviendo una vida de caridad”. Ésta es el verdadero sentido de toda peregrinación: salir del egoísmo que aísla y enfrenta a las personas para sembrar lo único que puede dar vida, que es el amor. En el misterio de la caridad descubrimos que la verdad y el camino están al servicio de la vida.

Para la Iglesia *en salida* que queremos ser, necesitamos unas sandalias nuevas, las de la esperanza. Las que el padre mandó poner al hijo pródigo (Lc 15, 22). Las sandalias nuevas para seguir a Cristo son las que recibimos al ser reconciliados con Dios y con el prójimo. Esto requiere la purificación de todos nuestros dinamismos excluyentes personales y eclesiales. La esperanza cristiana se recorre con sandalias nuevas. Nace del realismo de Jesús crucificado y resucitado. No es un optimismo, ni un producto de marketing. Nos permite ver, desde la oportunidad de Dios y no desde nuestros juicios, lo que hay que curar en nuestro mundo y en la Iglesia. Remueve las posibilidades del ser humano concreto y reconoce, donde la mirada que juzga no ve más que a un inmigrante, a un drogadicto, a un parado, a un sin techo, a la humanidad desfigurada por la injusticia¹⁸. La esperanza cristiana acierta a crear las grietas necesarias en las mentes y en la sociedad para que se movilicen recursos personales y comunitarios. Por eso, la consumación de la esperanza es la caridad.

En la fachada de la catedral, la letra omega (ω), está antes, y la letra alfa (α), después. Es un último mensaje para todos. Se concluye la peregrinación en medio del deseo de que prosiga y no tenga final, como Pedro, Santiago y Juan en el Tabor (cf. Lc 9,33) lo deseaban. La ciudad de Santiago es más que hermosas piedras, la catedral es más que una fachada o un pórtico, los peregrinos son piedras vivas que llegan, con sus sueños, sus sufrimientos y sus agradecimientos. Esto es así porque el camino, la ciudad y la catedral tienen un rostro humano, mirando a Santiago Apóstol. Él atrae hasta su tumba para dar a conocer al modelo

¹⁸ SIMONE WEIL, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid 1993, 93: “La atención creadora consiste en prestar atención a algo que no existe. La humanidad no existe en la carne anónima e inerte al borde del camino. El samaritano que se detiene y mira, presta, sin embargo, atención a esa humanidad ausente y los actos que se suceden dan testimonio de que se trata de una atención real”.

de humanidad perfecta: Cristo. Como ayer, en palabras de san Juan Pablo II, también hoy “Santiago es la tienda del encuentro, la meta de la peregrinación, el signo elocuente de la Iglesia peregrina y misionera, penitente y caminante, orante y evangelizadora anunciando la cruz del Señor hasta que vuelva. Compostela, hogar espacioso y de puertas abiertas quiere convertirse en foco luminoso de vida cristiana, en reserva de energía apostólica para nuevas vías de evangelización, a impulsos de una fe siempre joven”¹⁹.

¹⁹ JUAN PABLO II, Alocución en la Plaza del Obradoiro, 19 de agosto de 1989, durante la celebración del rito del peregrino.